

## REFLEXIONES

Sesenta y dos años tenía ya el señor Fermín, el sastre de Malanza, cuando se quedó viudo, y en seguida trató de volver á casarse.

Vamos, tanto como en seguida, en seguida, no: primero hizo muchos aspavientos y muchas demostraciones de dolor por su difunta mujer, hasta el extremo de irse por las noches al camposanto á conversar con ella, según decía. Y efectivamente, una noche, los mozos que andaban de ronda sintieron ruido hacia el cementerio, fueron á ver, y encontraron al señor Fermín sobre la sepultura de su consorte dando aullidos y escarbando con las manos como si quisiera desenterrarla.

—¡Mala señal!—decían las personas de experiencia oyendo á los mozos referir el suceso,—muy mala señal! Todos los viudos que hacen así esos bijiviellos y esas pame-mas, se vuelven á casar al instante... Ya

veréis cómo éste, si encuentra con quién, hace lo mismo.

Y en efecto, á los dos meses ya andaba el señor Fermín pretendiendo.

Sólo quedaba por resolver la duda consagrada de si encontraría ó no con quién casarse, duda que no dejaba de tener fundamento.

Y no precisamente en su edad, pues aunque iba ya siendo viejo, estaba todavía recieciello; ni tampoco en su angustiosa situación monetaria, pues no es de fe, ni mucho menos, que todas las mujeres se hayan de casar con ricachones; sino más principalmente en otras malas circunstancias y cualidades que se irán sabiendo.

Tenía el sastre, en primer lugar, un genio de mil demonios, y además la costumbre de darle rienda suelta, especialmente cuando se hallaba entre personas de quienes nada pudiera temer; de suerte que por un quitame allá esas pajas se atufaba de un modo increíble, y si su mujer ó su hijo le decían una palabra más alta que otra, les tiraba lo que tenía en la mano: las tijeras, si estaba cortando una prenda de vestir; la plancha caliente, si estaba abriendo las costuras...

Aparte de estos arrebatos, era bastante mala persona, pues se complacía en mortificar y en hacer sufrir á todo el que es-

tuviera á sus inmediaciones; era malandado y jugador y amigo del sorbo, con todas estas malas aficiones tan bien puestas, que se pasaba los días enteros y las noches hasta la mitad en el cafetucho de la villa jugando y bebiendo sin acordarse de dar una puntada. Y aunque no entremos á decidir ahora si sus filoxeras eran diarias, ó tercianeras, ó cuartanarias, ó simplemente bisemanales, pues sobre esto podría haber opiniones, baste decir, y en esto existía unanimidad, que á su mujer la había dado muy mala vida, creyéndose generalmente que la había matado á disgustos, aunque no faltaba quien dijera que á palos.

¿Tendría nada de particular que con semejantes recomendaciones no encontrara el señor Fermín quien le quisiera?

Así se lo pronosticaban en el café sus contertulios, que, en cuanto le averiguaron aquellos intentos, empezaron á darle matraca y á divertirse á su cuenta.

—¿Tú qué vas á hacer, don Fermín?— le decía el más burlón de todos, Fabricio, llamándole *don*, que era como él deseaba que le llamaran en el pueblo y como no le llamaba nadie;—¿tú qué vas á hacer?... ¿No ves que eres ya muy viejo? Cuando de cincuenta pases... ya sabes lo que dice el refrán, no te cases... Con que tú que pasas de sesenta...

—No, no corre peligro de casarse,—decía otro.

—¿Por qué?—preguntaba el primero.

—Porque no habrá de qué darlas; porque ¿quién le va á querer á Fermín con ese genio que tiene y esa mala cabeza?...

—Eso también es verdad: que será difícil que encuentre novia, porque no habrá ninguna mujer tan desesperada...

—¿Que será difícil?—decía el señor Fermín hecho una furia.—¡Ya veréis lo difícil que es, pobres hombres!... ¡Difícil!... Héis de saber para que os pese, héis de saber que las tengo así, así,—y juntaba y separaba y volvía á juntar muy á prisa los dedos de la mano...

—Ilusiones, infeliz, ilusiones.

—Bueno, bueno: ya veréis si son ilusiones.

—Si acaso, encontrarás alguna vieja como tú... y ni aun eso.

—Ya veréis, ya veréis...

Y efectivamente, contra lo que sus compañeros de círculo creían, Fermín encontró novia.

Una soltera, á mal de su grado, que, por haber pasado ya de los treinta, tenía casi del todo perdida la esperanza de dejar de serlo, puso buena cara á las solicitudes del

señor Fermín y le dió el sí á las primeras de cambio.

Y no vayan ustedes á buscar la explicación de que el señor Fermín hallara mujer con facilidad en el refrán aquél que dice que nunca falta un roto para un descosido; pues la pobre Juana, que así se llamaba la novia del sastre, no estaba tan rota, ni con mucho, como descosido se hallaba él moralmente, ya que materialmente no lo estuviera por razón de su oficio.

No, al contrario: era bastante buena muchacha.

Sus hermanos, con quienes vivía, trataron por todos los caminos de quitarla de la cabeza el casorio; pero fué en vano.

—¿Para qué te has de casar?—la decían.

—¿No estás bien aquí con nosotros?

—Sí: con vosotros bien estoy—contestaba ella;—pero vosotros podéis faltar cuando yo no esté ya en estado de que nadie se acuerde de mí, y entonces me quedo sola en el mundo.

—Aunque así fuera—la decían,—siempre estarías mejor sola que mal acompañada.

—¡Ah, no, no!—replicaba,—que el refrán lo dice: «arrímate á marido, aunque sea un espino».

—Pues lo que es arrimándote á ese—la decían ellos,—hazte cuenta que á un espino

te arrimas... Eso es una locura, Juana... Porque últimamente, si te quieres casar, cástate con un hombre de bien y no con ese perdido. ¿No ves lo desacreditado que está en su pueblo?

—Nadie tiene más crédito que el que le quieren dar—replicaba Juana,—y no hay que hacer caso de lo que digan, porque cada uno dice la suya.

—Así suele ser—reponían;—pero respecto de ese diablo de ese sastre, todos hablan por una boca. No oirás á nadie que no diga que á la otra mujer la quitó la vida con sus malos tratamientos.

—Por eso mismo me ha de estimar á mí y me ha de tratar bien—replicaba ella,—porque también dice el refrán que «la primera, escoba; la segunda, señora».

—También hay otro refrán que dice que «quien malas mañas há, tarde ó nunca las olvidará»,—la decían.

Pero todo fué inútil.

Juana se encapiruchó y se casó, y... bueno: el día de la boda parece averiguado que no la pegó su marido... hasta por la tarde; pero luego, los demás días, á tarde y á mañana y á todas horas.

Ella, la pobre, lo calló todo lo que pudo, por no dar su brazo á torcer, porque temía que sus hermanos la reconvinieran amargamente echándola en cara su terque-

dad y haciéndola ver lo acertado de los consejos que la daban y lo mal que había hecho en no seguirlos.

Pero al fin se llegó á saber todo con ocasión de un trágico suceso que tuvo mucha resonancia.

Un día de fiesta por la tarde, después del rosario, hallándose Fermín alumbrado como de costumbre, dijo á su mujer con apariencias de cariño:

—Vaya; vístete y vamos á dar un paseo: no siempre has de estar metida en casa.

—Bueno, como quieras,—le contestó la pobre Juana, que ya sabía que, para andar menos mal, tenía que decir amén á todo.

Salieron á paseo marido y mujer y llegaron hasta el soto sin novedad; pero al poco rato de andar por allí, por no sé qué disparate que su mujer suavemente le contradujo, comenzó el señor Fermín á decirle perrerías insufribles; y como ella quisiera defenderse en palabras, aunque sin perder la moderación, perdió él los estribos, y arrancando un estacón de una sebe, comenzó á dar palos en ella como quien da en un centeno mal maduro.

La fuerza de los golpes, ó más bien la del dolor que la producían, la arrancó algunos gritos que el señor Fermín creyó que se perderían en el espacio sin ser oídos de nadie, pues no había visto por allí gente.

Pero dió la casualidad de que andaban dos guardias civiles por la orilla del río mirando á ver si encontraban algún butrón de algún pescador, para quitarle las truchas y comérselas, y al oír los gritos corrieron hacia donde sonaban, encontrando á Juana llorosa, y al sastre, que ya les había sentido venir, haciéndola señas amenazadoras para que callara.

—¿Qué es eso?—dijo muy serio uno de los guardias al llegar;—¿qué gritos eran los que se oían?...

—Nada, no es nada—contestó el señor Fermín haciendo por aparecer sereno.— Crean ustedes que no ha sido nada... sino que veníamos por aquí paseando *mi señora* y yo... y me puse á hacerla unas reflexiones... y es una mujer tan sensible que se echó á llorar... No ha sido más que eso...

Por referencia de los guardias se supo y fué muy celebrada la salida del sastre, y desde entonces suelen llamar en Malanza *reflexiones* á los estacazos.

## ¿QUIÉN PAGA?

El tuerto de la Serna, que era el capitán de los malos estudiantes, acababa de ser despedido *ab-irato* de la cátedra de Lugares Teológicos, por haber dejado caer, cuando se hallaban en lo más interesante de la explicación, un puñado de avellanas sobre el pavimento.

El decía que había sido sin querer, que se le habían surtido del bolso al tiempo de sacar el pañuelo para sonarse; pero el catedrático, que tenía malas moscas, recordando que ya no era aquélla la primera hazaña del tuerto encaminada á hacer reír y producir desorden, no quiso escuchar sus disculpas y le borró sin piedad de la lista, diciendo al mismo tiempo que apretaba el lápiz:

—*Deleatur de libro viventium.*

Para echar el susto afuera, dijo el tuerto al salir á su compañero Berrueces:

—¿Vamos á ir esta tarde á merendar al molino de Robledo?

—Bueno, como quieras—le contestó el otro;—pero te advierto que estoy sin un cuarto.

—Así estoy yo; pero eso ya se arreglará... Vamos á decirselo al Cuco y á Pedregales, á ver si quieren ir con nosotros.

—¿Y si acaso están igual de adinerados?...

—¡Ah! y á Martín Gala, que es pieza de rey para estas cosas.

—Oye, Martín—le gritó Berrueces viéndole pasar en aquel instante;—dice éste que si nos convidas á merendar esta tarde...

—Corriente: quedáis convidados; pero á condición de que paguéis vosotros...

—¡Anda! ¡Para ese viaje!...

—Pues no es por falta de voluntad; pero ya sabéis que el dinero está tan mal repartido que...

—Vamos, que no dejarás de tener algo, tú que eres ricuelo...

—Nada, hombres, lo que se dice nada. Tal estoy, que si me hubiera visto el bolsillo Aristóteles, no hubiera negado la existencia del vacío seguramente. O si queréis que lo diga en verso para mayor solemnidad...

—Venga.

—Si Aristóteles me viera  
Del bolsillo lo profundo,  
De seguro no dijera:  
*Vacuum non datur in mundo.*

—Bien, hombre, bien... Pero si en lugar de soltarnos esa cuarteta sueltas un duro... verías qué aplausos...

—No le puedo soltar porque no le tengo, y ya sabéis que *nemo dat quod non habet*... Pero ahí viene Cuco, que trae cara de satisfacción, y... ¡Oye, Cuco!—añadió dirigiéndose al que llegaba:—tenemos la pretensión de que nos pagues esta tarde una merienda en el molino de Robledo...

—¡Sí!... ¡Pues venís en el mes del Obispo!... Para tener un real me faltan los ocho cuartos... y el ochavo... Además, que no veo la razón de que haya de ser yo el que pague, porque nada me ha salido bien hace ya tiempo. Quien debe pagar es aquí Pedregales, que le preguntó esta mañana la conferencia el catedrático y la supo... Y ya le apuntó para sobresaliente.

—Poca burla es buena—contestó el aludido,—y aprobado me quisiera yo ver... Pero en cuanto á la merienda, no la niego la cara. Si hay quien la pague... que en mi sentir debe ser...

—¡Vaya, vaya! No os devanéis los sesos—interrumpió el tuerto—en discurrir quién ha de pagar; que es una inocentada preocuparse con la manera de pagar el gasto que no se ha hecho todavía. No queráis poner la horca antes que el lugar... Vosotros decid si queréis ir á merendar al molino, lo

demás dejadlo de mi cargo. Merendaremos bien... Ya sabéis que aquello es molino y mesón en una pieza, y no suele estar desprovisto. Buen vino hay allí siempre, y no dejará de haber algo que echar por delante.

—No lo dudo—dijo uno;—pero la dificultad está en...

—En ninguna parte... No sigas, ni se hable más de eso—dijo el tuerto.—Lo que importa es merendar bien; por pagar ¿quién se aflige?... Hoy es día de merendar por varias razones... La primera, porque, como jueves, no tenemos cátedra por la tarde..., digo, no la tenéis vosotros, porque lo que es yo no la tengo ya ninguna tarde ni ninguna mañana. En segundo lugar, porque es jueves lardero y hay que honrarle; y en tercer lugar... por lo mismo que me ha echado de cátedra ese tío berrinche. A pesadumbres, tragos... ¿Estáis convencidos?...

—Y á tus órdenes,—contestó Martín Gala por todos.

Citados para las dos y media en las Negruillas, allí acudieron puntualmente los cinco, y desde allí, terciados los manteos y atravesados los tricornios como quien no teme ni debe, emprendieron á buen paso la caminata, durante la cual les fué dando á los otros el tuerto instrucciones que de-

bían de ser muy interesantes. A veces se paraban y formaban corro, adoptando posturas muy raras, como si representasen una comedia.

Poco antes de llegar al molino vieron á la molinera, que estaba tendiendo en una sebe ropa recién lavada.

Era una mujer como de treinta años, morena, algo acecinada, pero que no habría sido fea, con unos ojos muy inteligentes.

—Ya viene gente á hacer gasto,—la estaba diciendo la pastora de las yeguas del lugar, que la daba conversación hilando un cerro.

—¡Sí! á hacerme rabias,—la contestaba ella.

—¡Ay, Dios! De esas rabias quisiera yo para mí todos los días,—la replicaba la hiladora dando vueltas al huso...

En esto acabaron de llegar los estudiantes.

—Venimos á que nos des de merendar—dijo el tuerto á la molinera, haciéndosela muy compadre.

—Pues en otra ocasión peor podrían ustedes venir y me asustarían más que ahora,—le contestó ella.

—Me alegro. Eso prueba que tienes algo bueno que darnos.

—Sí, señor, sí: tengo...

—Mira—la interrumpió él,—vámonos allí, á la abrigada del molino, y lo hablaremos despacio, que aquí sopla demasiado el cierzo...

—Como ustedes gusten...

—A ésta la conozco yo mucho—decía el tuerto según iban andando á la orilla de la presa arriba.—¿Te acuerdas cuando estabas de criada del boticario de Villsimple?

—Sí, señor, sí: bien me acuerdo—decía ella,—que estaba usted estudiando gramática, y era usted un rapacín muy pequeño, pero ¡más travesao y más malo!...

—Pues lo mismo es ahora que es ya grande—la dijo Pedregales,—y creo que aunque te diga que es algo peor no te engaño.

—Con que, vamos, explícate—la dijo el tuerto cuando estuvieron á la vera de la casa:—¿qué tienes que darnos de merendar esta tarde?

—Pues tengo lomo fresco muy tierno, porque es de un gochico marcial que matamos para estos días de antruido.

—Muy bien: eso es bueno para detrás,—la dijo el estudiante.

—Como si quisieran ustedes truchas recién pescadas...

—¡Ah! ¡Pues claro que las queremos!... También son buenas para detrás de alguna otra cosa. ¿Qué más tienes?

—Como tener, tengo carne, jamón, chorizos... Yo decía el lomo y las truchas, porque son cosas que se frien en un instante...

—No, si no tenemos prisa, no creas—la dijo el tuerto.—Tú prepáranos una buena merienda, y lo demás no sientas echar todo el tiempo que se necesite... ¿Son tuyos estos curros?—añadió señalando á una bandada de ellos que salían de la presa y se encaminaban guarreando hacia donde oían hablar á su ama, que les solía echar pan esmijado.

—Sí, señor: míos son.

—¿Me dejas matar uno?

—Y aunque sean todos, si me los paga bien...

—Eso—la replicó el tuerto—no hace falta decirlo (ni hacerlo—añadió por lo bajo)... Voy á matar uno, y nos le pones con arroz para antes del lomo y de las truchas.

—Como usted quiera.

—Pues... éste...

Y acompañando la acción á la palabra, echó el guante al mayor de los patos y le retorció el pescuezo.

—Ya le estás pelando—dijo apurriéndosele á la molinera;—y mientras le pelas y nos le compones, nosotros echamos una brisca. ¿Tienes baraja?

—Sí, señor, sí; dos á falta de una... Entren ustedes... ¡Juan, Juan!—gritó llamando á su marido;—trae la baraja buena para estos señores.

Un momento después se presentó el molinero, Juanón, que era de exterior abrutado, pero en el fondo muy pobre hombre, trayendo una baraja acanalada y sebosa cansada de andar en manos de los arrieros.

—¡Ah! También nos has de traer una jarra de vino—dijo el tuerto,—para ir haciendo boca, porque hoy es jueves gordo y hay que merendar de firme.

—Diga usted que sí—añadió Juan;—ya que es jueves gordo, hacerla gorda...

—¿Y ésta es la baraja buena?—dijo Berruces, que se había puesto á contar las cartas.

—Sí, hombre—le contestó el tuerto,—porque tendrá otra peor...

—Sí, señor: hay otra que ya creo que la faltan cartas, y además tiene algunas rotas y manchadas que se conocen por fuera.

—Velay que éstas ya casi no se conocen por dentro...

—Dí que buena es, Juan, buena es—le dijo el tuerto;—no hagas caso de éste, que tiene ganas de divertirse.

—Hace bien—dijo Juanón,—que de llorar lugar tendrá en Junio, si á mano viene, después de los exámenes.

—¡Mira Juan, mira! y eso que parece que no llega á ello—dijo Pedregales, á quien le hizo meditar un poco la profecía.

Cosa de dos horas habrían estado jugando y haciendo fiestas á la jarra, cuando la molinera les dijo:

—Ya está: cuando ustedes gusten les pongo la mesa...

—Pues ahora mismo,—la contestaron casi todos á un tiempo.

Tras de lo cual les puso ella un mantel y unos tenedores en la misma mesa donde habían estado jugando, y después de haber dejado sobre ella el humeante y oloroso guisado de pato con arroz y de haber renovado el contenido de la jarra, preguntó al tuerto:

—¿De veras quieren ustedes también las truchas y el lomo?...

—De veras, mujer—la contestó.—¿Cómo se han de decir las cosas?... Ya lo estás friendo. Y después... sabe Dios todavía... Por de pronto, también tendrás algo para postre...

—Tengo queso de Villalón, muy rico.

—Bueno es el queso... ¿Y nueces?

—También habrá algunas.

—Pues también nos darás nueces al fin, que son buenas para beber otro par de tragos.

La merienda fué animada y sabrosa. Comieron y bebieron en grande, sazónándolo todo con chascarrillos y golpes de ingenio, de suerte que reinó en la reunión la alegría más franca.

Cuando la molinera les dejó los postres sobre la mesa, se volvió á la cocina y dijo á su marido:

—Yo voy á recoger la ropa que tengo tendida, porque en cuanto se acabe de quitar el sol empezará á helar y se me empandera toda... Cuando quieran marchar los estudiantes, les cobras... treinta reales, y salen á seis cada uno.

—Bastante serán veinticinco, mujer—la dijo Juan,—y que salgan á cinco...

—Es que veinticinco es demasiado poco; porque mira... siete reales del curro...

—Buenos serán seis...

—Vaya, pues seis, y cuatro del lomo, diez, y otra peseta de las truchas, catorce... catorce, y el vino, que son tres azumbres, si para en eso, seis reales... catorce y seis veinte, y tres de pan veintitrés, y uno y medio de arroz, veinticuatro y medio, y dos de queso y uno de nueces, tres... veintisiete y medio... Ya ves si se va arrimando á los treinta reales...

—Bueno: les cobraré los veinticinco.

—Es algo poco... Han merendado como príncipes.

—No importa: buen provecho les haga. Mejor es que vayan contentos, para que vuelvan á menudo...

Se marchó la mesonera á recoger su ropa, y poco después trataron de marcharse también los estudiantes.

—¡Ama!... ¡Ama!... ¡Dionisia!... A ver cuánto se debe,—gritaron.

—El ama—les dijo Juan,—se fué á coger la ropa que tenía tendida; pero me dijo que la cuenta eran veinticinco reales; porque... verán ustedes: seis del pato...

—No, no te molestes en especificar...

—No, hombre: basta tu palabra...

—¿Crees que vamos á desconfiar de tí?

—¡No faltaba más!

—¡Pues mira que ahí podía llegar!... ¿Te parece?

—Y no vayas á creer que se nos hace mucho...

—Al contrario... No es nada para lo bien que hemos merendado,—decían los estudiantes, interrumpiéndose unos á otros.

Juan estaba satisfechísimo.

—Toma, toma,—dijo Martín metiendo la mano derecha en el bolso del chaleco en ademán de sacar el importe.

—No, perdona: no te prepares tú, que pago yo, que estoy aquí primero,—le dijo Pedregales sujetándole la mano en el bolso con su izquierda para que no pudiera sacar-

la, y metiendo al mismo tiempo la derecha en su bolsillo propio...

—Ni tú ni él—dijo el tuerto, haciendo con la mano izquierda y con la derecha las mismas operaciones que había hecho Pedregales:—quien paga soy yo, que os he convidado.

—No: tú tampoco—le dijo el Cuco repitiendo la misma suerte.—A quien corresponde pagar es á mí, que soy el mayor en edad.

—Pues ni tú ni él, ni ninguno pagáis esta tarde—dijo Berrueces;—que para dejaros á todos iguales pago yo, que he estado callando hasta ahora.

Y poniendo la mano izquierda sobre la derecha del Cuco (lo mismo que habían ido haciendo los demás) para que no pudiera sacarla del bolso, metió la derecha en el suyo... sin poder tampoco sacarla, porque acudió á impedirselo la izquierda de Martín, que estaba á su lado.

Y quedaron todos inmóviles, cada cual con la mano derecha en el bolso del chaleco, sujeta por la izquierda del vecino.

—¿Ves esto?—dijo el tuerto á Juanón.—Todos queremos pagar, y por querer pagar todos, no podemos pagar ninguno.

—Será mejor que lo paguen ustedes á escote—dijo el molinero;—tocan á cinco reales...

—No, no, eso no: eso es muy mezquino; eso es muy plebeyo,—dijeron todos.

—Lo mejor es que me dejéis pagar á mí,—decía uno.

—No: á mí,—decía otro.

—Para eso, á mí...

Y vuelta á las andadas.

—¡Que pague el que diga el patrón!—exclamó uno.

—Bueno: con tal que me diga á mí, que es á quien toca...

—No: con tal que me diga á mí.

—No: á mí...

—Ya sabes que no vale, Juan, si no me dices á mí...

Y siempre lo mismo.

—¡Una idea!—dijo Martín Gala.

—¡Venga!...

—¡Venga!...

—Vamos á salirnos al portal; le vendamos los ojos al amo como para jugar á la gallina ciega; andamos nosotros alrededor, y el primero que coja, ó sobre quien pöse la mano, aquél paga.

—No está mal discurrido eso,—dijo Juanón muy contento de ver así resuelto el conflicto.

—¡Perfectamente!

—¡Admitido!

—¡Aceptado!—fueron diciendo todos.

Vendáronle los ojos á Juan, y en seguida

se fueron largando uno tras de otro los estudiantes, menos el tuerto que se quedó con él un rato haciendo mucho ruido con los pies jorrasreándolos, para que el molinero creyera que estaban allí todos, y diciendo además de cuando en cuando con tonos de voz diferentes:

—¡Abate Cuco!... ¡Si te descuidas un poco, Martín!... ¡No vale hacerse coger adrede!... Por poco coges ahora á Pedregales... ¡No vale hablar!... ¡Silencio!...

Después se marchó también el tuerto tras de los otros, dejando solo á Juan con los ojos vendados y con los brazos extendidos palpando las paredes.

Cuando la molinera entró en el portal con su cesta de ropa, Juan se dirigió hacia donde oyó pisar y la agarró por un brazo, diciendo muy contento:

—¡Este paga, éste paga!

—¿Tú te has vuelto loco?—le dijo ella.

—¡Ah! ¿eres tú?... ¿Y dónde están los estudiantes?

—¡Anda!... ¡Lo que hace que marcharon! ¡Y bien contentos!... ¡Me hicieron más cumplidos!... Y luego allá se les sentía ir dando unas risadas...

—¡Pues no son pillos!... ¡Marcharse sin pagar!...

—¿Pero no te pagaron?

—No, mujer: verás...

Y la contó lo sucedido.

—¡Ay, Juan!—le dijo ella cuando acabó de hacerla la relación:—eso no le pasa á nadie más que á tí...

—A mí y á cualquiera...

Y tenía razón Juan: á cualquiera que busque responsabilidades con los ojos vendados.